

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Señor, ¡yo confío en ti! – Salmo 71
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Señor, ¡yo confío en ti! – Salmo 71 (12 días)

Día 1

Sal. 71:1-24

El Sal. 71 es parte de las oraciones – canciones, que no mencionan su autor (comp. Sal. 91; 115). Algunos expositores bíblicos lo asignan a David; pero no lo podemos comprobar con exactitud.

Lo que si debemos saber con toda claridad, acerca del salmista, lo dice con sus primeras palabras como confesión personal: “En ti, oh Jehová, me he refugiado”. También en las próximas palabras habla de las experiencias de su larga vida y puede testificar, que es bueno confiar en el Señor en todas las situaciones de la vida. Él mantiene firme, hasta la vejez, esta realidad: Dios es confiable y fiel.

Cuando David se confrontó con la fuerza del gigante Goliat, pudo decir confiadamente: “Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me libraré de la mano de este filisteo” (1.S. 17:37).

El anclaje profundo en Dios se puede comparar con la construcción de un puente de carretera. Durante meses se ve a los trabajadores en acción todos los días en la obra, pero al principio no se ve mucho de su trabajo. Toda su atención se centra en lo que hay debajo de la tierra, en el fundamento. Por último, se construye el pilar del puente y, un tiempo más tarde, se coloca la calzada con una precisión milimétrica. Esto llama inmediatamente la atención al observador, pero en última instancia la capacidad de carga de un puente depende de su cimentación. Todo lo visible sin un firme fundamento estaría, literalmente, edificada sobre la arena.

Dios, en su fidelidad es el fundamento sobre el cual el salmista edificó su vida (v.22). Por eso puede decir: “Señor, ¡yo confío en ti!”. La confianza se expresa siempre en una relación personal con alguien en frente, en quien uno confía, con cuya credibilidad y fidelidad se puede contar. Esto quiere ser nuestro Dios para nosotros. (Lea Sal. 25:10; 138:2,3; 146:5,6.)

Día 2

Sal. 71:1-3; 31:1-3

¡Qué parecidas son las palabras del Sal. 71 en comparación con los versículos del Sal. 31! Por eso pensemos una vez más en David, quien contaba tan firmemente con la fidelidad de Dios. Él podía decir: “No temeré a diez millares de gente, que pusieren sitio contra mí” (Sal. 3:6). Dios le daba Su paz en su corazón. “Aunque diez o diez mil se junten en contra de nosotros, no importará mientras el corazón descansa allí en el único lugar donde se consigue firmeza y quietud: en la confianza en Dios, en el polvo delante de su rostro” (B. Peters).

En el salmo 20, David recuerda a aquellos que consideren a los caballos y carros como prototipo de poder y fuerza. A estos les enfrenta con un claro *pero*: “*mas* nosotros del nombre de Jehová nuestro Dios tendremos memoria” (Sal. 20:7)

David no confiaba en su poder ni tampoco en sus grandes capacidades. Él ponía su confianza en Dios. De esto leemos en forma especial en su salmo del pastor. Aún en “el valle oscuro” él se refugiaba en su Dios. Su relación confiada con el Señor se refleja en sus palabras. Él dice: “El Señor es *mi* pastor” (Sal. 23:1) y sabe: “*tú* estarás conmigo” (v.4).

De esta manera David aclara que el Señor, que por Jesús también es nuestro pastor, se acerca a nosotros especialmente cuando debemos pasar por valles oscuros.

También en un “valle oscuro” surgió la canción conocida (en Alemania): “Señor, porque tu mano fuerte me sostiene, confío tranquilamente. Porque tú te acercaste a mí lleno de amor, confío tranquilamente. Tú me fortaleces, me das ánimo resuelto, te alabo; tu voluntad, Señor, es buena” (H. Winkel).

Día 3

Sal. 71:1-3

Después de que el salmista declara dónde se arraiga su confianza, expresa ahora delante de Dios las peticiones de su corazón: “Socórreme y líbrame en tu justicia; inclina tu oído y sálvame. Sé para mí una roca de refugio, adonde recurra yo continuamente. Tú has dado mandamiento para salvarme. Porque tú eres mi roca y mi fortaleza”.

Quizás alguna vez nos preguntemos, si tiene sentido hablar con Dios y contarle cosas, que Él ya conoce de antemano. ¿Acaso no es así que a veces pedimos soluciones en situaciones difíciles, las que el Señor ya conoce, y mucho mejor, y hasta los más mínimos detalles? Y si en su palabra se nos dice: “antes que clamen, responderé yo” (Is. 65:24), ¿por qué entonces debemos orar?

¡Porque Él lo pide, Él lo requiere! Él anhela la conversación con nosotros porque nos ama. Él sabe lo que necesitamos. Pero Él también quiere que le pidamos (Lc. 11:9,10; Stg. 4:2b; Mt. 26:41). “Él no quiere escuchar algo nuevo de nosotros, sino que nos quiere escuchar a *nosotros* – y esto una y otra vez” (H. J. Eckstein).

La invitación está vigente para cada uno personalmente: usted puede venir, siempre, a cualquier hora, con todo lo que está en su corazón, con lo hermoso, lo que le hace estar feliz y con las situaciones que le preocupan. Usted puede venir con cuestiones sin solución, con su angustia y con todo lo que no entiende, pero le aflige mucho. ¡Usted puede venir!

El salmo 71 nos muestra un camino en el que se puede seguir adelante a pesar de contras y barreras. El Señor quiere ser la persona más importante en nuestra vida y nuestro lugar de refugio. Jesús nos invita: “¡venid a mí!” (Mt. 11:28; comp. Jn. 6:35,37; 7:37; Ap. 22:17).

Día 4

Sal. 71:1-5; 3717

“¡Socórreme y librame en tu justicia; inclina tu oído y sálvame!” Cuando en las Escrituras se habla de justicia, se refiere a mucho más que a una “justicia compensatoria” para personas tratadas injustamente. Dios pone al creyente bajo Su derecho (justicia) y bajo Su dominio. La justicia de Dios se tiene que cumplir. Y solo Dios puede justificar y salvar de la perdición. (Lea Is. 50:8; Mt. 25:46; Ro. 3:22-24).

Repetidas veces el salmista habla de esta justicia (v.2,15,16,19,24). Incluso demuestra el ilimitable alcance de la justicia de Dios: “tu justicia, oh Dios, hasta lo excelso” (v.19).

“La justicia de Dios ... sale de Él y justifica al pecador y lo saca afuera, ‘hasta lo excelso’, hacia Dios mismo. Ella alcanza más profundo de lo que podemos pensar, ella ha ido más allá, de lo que podemos imaginar. En su justicia el Hijo de Dios dejó el trono de Dios, se hizo hombre, se hizo siervo y al final, se hizo un sentenciado a muerte” (B. Peters). Sin la justicia de Dios no existe una verdadera salvación.

El salmista, en este contexto, no solo enumera cuál rescate y cuál ayuda experimenta, sino realza *quién* es Dios para él personalmente. Con diferentes descripciones detalla en los versículos 3 y 5, lo que otros creyentes del Antiguo Testamento también testifican: “tú eres mi *roca* (Dt. 32:4) y mi *fortaleza* (2.S. 22:2); tú eres mi *confianza* (Pr. 3:26), mi *esperanza* (Jer. 17:13) desde mi juventud”.

Los salmos en general nos ofrecen un amplio espectro de conceptos simbólicos, que explican algo de lo que Dios quiere ser para nosotros. Algunos ejemplos los encontramos en las siguientes citas: Sal. 16:5; 32:7; 59:16,17; 84:11.

Día 5

Sal. 71:4,5; 46:1-11

El salmista no se cansa de clamar a Dios por ayuda, cuando se siente oprimido por el enemigo. A su adversario lo denomina como el “impío”, el “perverso”, el “violento” de cuya mano quiere ser liberado.

La Escritura nos muestra que existe un enemigo invisible aún mucho más peligroso. Martín Lutero, en su canción de la reforma, describe al enemigo: “Con furia y con afán acósanos Satán, por armas deja ver astucia y gran poder; cual él no hay en la tierra”. Siempre, cuando se tomen en serio los preceptos y mandamientos de Dios, y cuando la palabra de la cruz se predique, el creyente se encuentra en una lucha espiritual (lea Ef. 6:11,12).

A veces el adversario se presenta abiertamente como enemigo, así lo experimentan nuestros hermanos perseguidos. Pero muchas veces se acerca suavemente y con palabras piadosas, que parecen espirituales. ¡No subestimemos sus maliciosas tácticas! (lea 2.Co. 11:14; 1.P. 5:8,9).

El salmista menciona tres razones por las que está seguro que Dios le ayudará en la lucha de su vida de fe:

1. *El Señor es mi fortaleza (v.5)*. Esta realidad le da valor y fuerza. Él confía en el hecho de que para Dios no hay nada demasiado grande, y nada es complicado para Él. Él cuenta con Aquel, que es soberano sobre todos los poderes y todas las fortalezas. Él se apoya en el Señor que en ninguna situación es impotente, y que nunca llega a sus límites.

Esta seguridad sostuvo también Martín Lutero en su lucha por la verdad de la Palabra. Cuando se vio confrontado con problemas, entonces decía a su amigo Felipe Melanchthon: “¡ven, Maestro Felipe, cantemos el salmo 46!”

Juan Daniel Herrnschmidt se mantuvo esperanzado en tiempos muy difíciles y escribió: “Dios lo hará así, que las cosas se arreglen, como es bueno y sano. No importa que las olas se levanten, con tal que tú estés junto a Jesús”. (Lea Sal. 91:1,2; Jer. 17:7; He. 4:16.)

Día 6

Sal. 71:5; 31:15,16

La segunda razón por la que con toda seguridad cuenta con la ayuda de Dios es:

2. *Dios es mi esperanza (v.5)*. En nuestro hablar diario la esperanza tiene un valor limitado. El que espera no perder su puesto de trabajo o el que en el próximo año espera poder disfrutar de unas vacaciones en un lugar lejano, aún no puede sentir certeza de esto. La realización no es segura.

Pero la esperanza bíblica tiene un carácter completamente distinto. Ella se basa en Dios y sus fiables promesas. Podemos creer con certeza que las promesas de Dios no son palabras vacías, sino que se cumplen y se realizan en Jesús (2.Co. 1:20). Pedro escribió: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1.P. 1:3; comp. Tit. 3:5-8a; He. 11:1).

“El que tiene esta esperanza viva, puede saber que su vida tiene una meta grande y hermosa. Con esto lo pasajero de este mundo pierde mucho de su aparente importancia. Si todo lo terrenal es temporal, entonces en la vida diaria podrá ser posible no ser tan fanático, terco y empeinado por estas cosas. Siendo uno que tiene esperanza se puede experimentar algo de aquella libertad de ‘tener como si no tuviese’. Uno puede estar tranquilo en todo lo que le sobreviene.

También las horas difíciles y oscuras son entonces solo pasos en el camino que lleva hacia la luz. Si el futuro es agradable, ya ahora en mi presente puedo regocijarme por el futuro. Pero si el mañana es oscuro, sus sombras ya alcanzan al día de hoy” (K. Eickhoff).

Si confiamos en la Palabra de Dios y si contamos con Él, podemos tener esperanza para hoy y para mañana.

“Bienaventurado el hombre que puso en Jehová su confianza” (Sal. 40:4; comp. Sal. 146:5,6).

Día 7

Sal. 71:5-7; 22:9,10

Pensemos en la próxima razón por la que el salmista cuenta esperanzado la ayuda de Dios:

3. *Desde el comienzo de mi vida Dios me ha cuidado (v.5,6)*. El salmista reconoce que su Creador lleva la responsabilidad de su vida desde el primer momento. Él sabe que su vida esta protegida en Dios desde el vientre de su madre (comp. Sal. 139:13,16). David afirma en el Sal. 40:17: “El Señor piensa en mí”. Junto a Él se puede refugiar, cuando es atacado, burlado o tratado injustamente. El Señor no lo deja solo ni un momento.

Cuando el pueblo de Dios, en el transcurso de su historia, se sintió desamparado y olvidado por Dios, el Señor le preguntó: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti” (Is. 49:15; lea Jer. 31:20; Sal. 115;12). Aquí se descarta por completo que Dios pueda olvidar a su pueblo, a sus siervos.

En una canción el estribillo dice para nuestro aliento: “Yo no te deajo caer y no te abandono tampoco; así lo dice Dios a todos los que escuchan cuando Él habla. Dios nunca nos deja caer ni nos abandona jamás” (G. Schnitter; comp. Jos. 1:5b).

Retrospectivamente el salmista puede resumir: “Como prodigio he sido a muchos” (v.7). Sus experiencias con Dios las perciben muchos en su entorno. Los hombres pueden testificar que Dios está con él y que en las diferentes situaciones él ha visto la intervención de Dios. Quizás había épocas en las que parecía que la ayuda de Dios se hizo esperar. Pero su confianza no sufrió una desilusión. El salmista llegó a ser una visible señal de la fidelidad de Dios.

¿Acaso las personas de nuestro entorno podrán ver algo del obrar de Dios en nuestra vida?

Día 8

Sal. 71:8; 104:33

Por toda la ayuda que el autor del salmo ha recibido de Dios en su larga vida, sólo le queda una cosa: alabar a Dios. “Sea llena mi boca de tu alabanza, de tu gloria todo el día”. En medio de los conflictos y sintiendo su impotencia, él se aferra a la alabanza a su Dios.

“La alabanza a Dios lleva mi vida a la inmensidad. Muchos salmos hablan de temores y preocupaciones, sin embargo en casi todos encontramos también la alabanza de Dios. El que exalta la grandeza y la gloria de Dios, se eleva al mismo tiempo por encima de la estrechez y del olor a moho, respecto a sus preocupaciones y temores. El que comienza con la alabanza a Dios, no se queda atascado en la estrechez de miras de sus preocupaciones cotidianas. El que comienza con la alabanza a Dios, aprende a ver su vida bajo el amplio horizonte de un Dios grande.

¡Qué podría cambiar en nuestras vidas, si comenzáramos cada día con la alabanza de Dios y obtuviéramos esta visión de futuro a través de la alabanza! De la grandeza y gloria de Dios obtengo la visión correcta respecto a los problemas grandes y pequeños de mi vida. La alabanza a Dios me enseña a mirar hacia arriba y con esto mi vista se quita automáticamente de mí misma. Esto también me ayuda a clasificar correctamente la derrota, la decepción y la frustración de mi vida” (V. Gäckle; lea Sal. 145:1-13).

¿Cómo podrá esta alabanza encontrar lugar en nuestra vida cotidiana?

Algunos manejan un diario de agradecimiento, otros marcan textos específicos en su Biblia, que les recuerdan situaciones especiales. En los grupos bíblicos caseros se podría dar tiempo para compartir experiencias que motiven al agradecimiento y a la alabanza de Dios.

Quizás usted descubre otra posibilidad, para alentarse a sí mismo y a otros a la alabanza.

Escuchemos la exhortación: “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios” (Sal. 103:1,2).

Día 9

Sal. 71:9-12; 42:9-11

Después de que el salmista mirara lleno de confianza a su Dios, y lo señaló como su fuerte refugio, su roca, su castillo y su esperanza, de repente se siente otro tono en él: “Oh Dios, no te alejes de mí; Dios mío, acude pronto en mi socorro”. Él conoce también aquellas horas y días, en los que uno se siente completamente inseguro y atacado, cuando el consuelo y la confianza se han alejado.

Él llegó a la vejez. Quizás ya no tiene fuerzas para soportar las cosas de la vida no tan agradables. ¿Acaso sufre por debilidad física o alguna enfermedad?

Aún en los días problemáticos de la vejez él se aferra a su Dios. Y porque en su debilidad e impotencia siente los ataques de sus adversarios aún más intensos, él suplica a su Señor: “No me deseches en el tiempo de la vejez; cuando mi fuerza se acabare, no me desampares. Porque mis enemigos hablan de mí, y los que acechan mi alma consultaron juntamente, diciendo: Dios lo ha desamparado; perseguídle y tomadle, porque no hay quien le libre” (v.9-11).

Los enemigos le quieren tapar la boca para siempre y extinguir su vida. Ellos intentan destruir su fuerte apoyo en Dios y le quieren mostrar que no hay nadie, quien le pueda salvar. Los ataques externos e internos los deben llevar al hombre de Dios a la resignación y quitarle toda la fuerza.

¡Con cuanta facilidad nos dejamos paralizar en nuestro servicio por ataques parecidos, por dudas y decepciones!

Leamos Sal. 31:14-17,24.

Esto se mantiene con seguridad: “Dios te llevará a través de los días de angustia; Dios te ayudará en la vejez y en la muerte. La Palabra es cierta, si todas las cosas se atomizan, Dios es un Dios que permanece por los siglos de los siglos” (F. Crosby).

Día 10

Sal. 71:13-16; 66:16

El salmista no se demora por mucho tiempo pensando en la burla irritante de sus enemigos y en sus argumentos. Conversando con su Señor consigue una perspectiva diferente. Los enemigos tendrán que responder ante Dios y serán avergonzados.

Por eso vale la pena confiar, justo en los momentos cuando debamos esperar y soportar. Sus experiencias con Dios en cuestiones grandes o pequeñas, en momentos luminosos u oscuros, él no las quiere callar. Él quiere hacer conocer la grandeza y justicia de Dios y alabarle.

Una mujer comentaba: “No puedo olvidarme de una visita que hice a un evangelista anciano de noventa años en Walddorf, un lugar en el sur de Alemania. Con un rostro radiante me abrió la puerta, saludándome cordialmente. Después dijo: ‘Sabes que hoy todo el día estoy cantando: No olvides de dar gracias al Señor, pues Él hizo mucho por ti. No llego a terminar de agradecer a mi gran Dios, que Él me salvó y me perdonó todos mis pecados, y me llamó a su servicio’. Después contó algo de la guía de Dios en su vida. En todo esto puso el maravilloso obrar de Dios en el centro. Su agradecida mirada retrospectiva realmente me contagió”. (Lea Sal. 9:1; Is. 12:4-6.)

La mirada a nuestro Señor y la conversación acerca de sus hechos nos ayudan a mantenernos firmes en tiempos de crisis y tentación y a obtener nuevo ánimo. Así podemos seguir adelante enfrentando el futuro con toda confianza. “Porque has mantenido mi derecho y mi causa; te has sentado en el trono juzgando con justicia” (Sal. 9:4; comp. Sal. 37:5; Fil. 1:6).

También en este contexto el salmista nos señala la justicia de Dios, pues para él “la justicia de Dios encierra su gracia y verdad” (H. Brandenburg).

Día 11

Sal. 71:17-21; Dt. 32:46,47

En retrospectiva, el salmista es consciente de que la ayuda y protección de Dios no puede ser descrita sólo con hechos milagrosos. Dios se aseguró de que la enseñanza de la fe, fuera parte de su vida, desde su juventud. Todos necesitamos instrucción en la Palabra de Dios para entender correctamente Sus promesas y Sus demandas en nuestras vidas. Tal vez podemos malinterpretar a la alabanza y al éxito como bendición y confirmación, aunque Dios en su misericordia nos quisiera hacer volver de nuestros propios caminos (lea Ro. 2:4).

Dios una y otra vez habló al corazón de su pueblo para que compartieran y enseñaran su buena y viva palabra a la próxima generación: “Oye, Israel; Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Dt. 6:4-7; comp. Sal. 34:11; Pr. 3:1ss). Con esto Dios debía estar en el centro de la vida.

Nosotros debemos ocuparnos de que también nuestra siguiente generación conozca la Biblia. Por eso en las iglesias necesitamos colaboradores que comparten esta preocupación y este anhelo. Aunque no sea moda, memorizar partes de las Escrituras, busquemos ideas creativas para grabarnos textos de la Palabra de Dios y así recibamos la “buena semilla”, que en su tiempo brotará (lea Lc. 8:11).

El salmista anciano, aún anuncia la Palabra de Dios (Sal. 71:17). ¿Y nosotros? Temas importantes de la vida pública, la política y los asuntos mundiales nos conmueven y deben formar parte de nuestras conversaciones. Pero para no desanimarnos por los múltiples problemas de nuestro tiempo, queremos una y otra vez ampliar nuestro horizonte desde la perspectiva de Dios (lea 1.P. 5:10; Ap. 1:8).

Día 12

Sal. 71:19-24

El último párrafo de nuestro salmo nos invita una vez más a meditar sobre la grandeza de Dios, a adorarle y alabarle. Impresionado de la singularidad de Dios, el salmista pregunta: “¿quién como tú?”

Tengamos en cuenta:

- Aún estando en comunión con Dios podemos pasar tiempos de grandes temores – pero Él nos rescata de la profundidad del abismo (v.20). Para librarnos de toda oscuridad y de la perdición, el Hijo de Dios ha sufrido por nosotros la agonía de la muerte y nos muestra un camino para vencer en este mundo (Lc. 22:41-44; Jn. 16:33b).
- La guía de Dios no nos libra de tristeza y sufrimiento – pero Él también nos consuela (v.21). Pablo escribe: “Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (2.Co. 1:5).
- Nosotros envejecemos y nuestras fuerzas disminuyen – pero Dios sigue siendo el mismo y es fiel (v.22). “Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor” (1.Co. 1:9).
- Nuestra vida es atacada y amenazada – pero el puede salvar nuestra alma (nuestra vida) (v.23). “Jehová redime el alma de sus siervos, y no serán condenados cuantos en él confían” (Sal. 34:22; comp. Mt. 20:28; 2.Ti. 4:18).

“¿Quién como Jehová nuestro Dios, que se sienta en las alturas?” (Sal. 113:5; comp. Mi. 7:18). La respuesta puede ser únicamente: ¡Nadie es como Él! Este Dios resiste a cualquier comparación.

Entonces lo único correcto es que, como respuesta, agradezcamos a Dios y lo adoremos. La meta de una vida madura descansa en la alabanza y en la honra de Dios.

Nosotros podemos también una y otra vez poner nuestra mirada en Jesús y orientar nuestra vida por Él (He. 12:1,2).